



Zorro



DUBRAVKA UGREŠIĆ

*Traducción del croata a cargo de
Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek*



IMPEDIMENTA



PRIMERA PARTE

UN CUENTO SOBRE CÓMO
SE CREAN LOS CUENTOS

La auténtica diversión literaria empieza justo cuando la historia se escapa al control del autor, cuando empieza a comportarse como un aspersor de jardín y a salpicar en todas las direcciones; y cuando la hierba comienza a crecer no debido a la humedad, sino a causa de la sed que le provoca la fuente de humedad cercana.

I. FERRIS, *The Magnificent Art of Translating Life into a Story and Vice Versa*

I

De veras, ¿cómo se crean los cuentos? Creo que muchos escritores se hacen esta pregunta, aunque la mayoría de ellos evitan contestarla. ¿Por qué? Quizá porque no saben la respuesta, o quizá porque temen portarse como esos médicos que en sus conversaciones con los pacientes usan solo términos latinos (ciertamente, cada vez son menos), para así llevarle ventaja al enfermo (ventaja que de todos modos tienen) y mantenerlo en una posición inferior (en la cual el paciente se halla de una manera u otra). Por eso los escritores prefieren encogerse de hombros y permitir que los lectores crean que los cuentos proliferan como las malas hierbas, y tal vez es mejor así, ya que de las reflexiones de los literatos sobre este tema se podría recopilar una voluminosa antología de insensateces. Y, cuanto más obvia es la insensatez, más admiradores tiene su autor, como ese famoso escritor que repite testarudamente que su epifanía, en sentido creativo, fue un partido de béisbol. ¡Cuando la pelota de béisbol surcó el aire, le llegó la revelación súbita de que era un novelista! En cuanto volvió del partido a casa, se sentó a la mesa de trabajo, y desde entonces no para.

El escritor ruso Borís Pilniak empieza su obra «Un cuento sobre cómo se crean los cuentos»¹ (hay que decir que el texto apenas tiene diez páginas) señalando que en Tokio conoció por casualidad al escritor Tagaki, acerca del cual alguien le había comentado que se había hecho célebre con una novela en la que describía a una «mujer europea», una rusa. Aquel Tagaki se habría evaporado de la memoria de Pilniak si en la ciudad japonesa de K.,² en el archivo del Consulado soviético, no hubiera visto la solicitud de repatriación de Sofia Vasílievna Gnedyj-Tagaki.

Y, después, ¿qué ocurrió después? El anfitrión y compatriota de Pilniak, secretario del Consulado soviético, el camarada Dzhurba, lleva a Pilniak a las montañas que rodean la ciudad para enseñarle el templo del zorro. «El zorro es el dios de la astucia y de la traición. Si el espíritu del zorro penetra en un hombre, la estirpe de este hombre está maldita. El zorro es el dios de los escritores», escribe Pilniak. El templo está ubicado a la sombra oscura de los cedros, sobre una roca que se

1. Sergio Pitol tradujo esta obra como «Un cuento sobre cómo se escriben los cuentos» (incluida en *Caoba*, Barcelona, Anagrama, 1987). Nosotros hemos usado la traducción de Pitol, pero no siempre. Teniendo en cuenta el original de Pilniak en ruso, hemos optado por traducir algunos fragmentos y frases de forma que reflejen lo que escribió Pilniak y coincidan con las observaciones de Dubravka Ugrešić, y para ello hemos contado con la ayuda de Marta Sánchez-Nieves, traductora de ruso. Esto se refleja precisamente en la traducción del título. Marta Sánchez-Nieves también ha colaborado en la traducción y revisión de las citas que en el original están escritas en ruso. (*N. de los T.*)
2. Se trata de la ciudad de Kobe, algo que Pilniak revela en su libro dedicado a Japón *Korni japónskogo solntsa* [«Las raíces del sol japonés»]. (*Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de la autora.*)

precipita al mar, y en su altar reposan los zorros. Desde allí se abre la vista a una cadena montañosa y al océano, y reina un silencio inusual. Ahí, en ese lugar sagrado, Pilniak reflexiona sobre cómo se crean los cuentos.

El templo japonés del zorro y la autobiografía de Sofia Gnedyj-Tagaki (que el camarada Dzhurba le da a leer al escritor) incitan a Pilniak a escribir el cuento. Sofia había hecho el bachillerato en Vladivostok para luego aceptar un empleo de maestra, pero solo hasta que «se presentara un pretendiente» (comentario de Pilniak); era una muchacha «como las había a miles en la antigua Rusia» (comentario de Pilniak); «un poco boba, como lo es la poesía, lo que corresponde a los dieciocho años» (comentario de Pilniak); en Rusia, las biografías femeninas se parecían «como una cesta a otra»: el primer amor, la pérdida de la virginidad, la felicidad, el marido, un niño y poco más. La biografía de Sofia empieza a interesar a Pilniak solo a partir del momento en que el barco llegó «al puerto de Tsuruga; era una biografía extraña y breve, muy diferente a las de millares y millares de mujeres rusas de provincias».

De todos modos, ¿cómo llegó a parar esta joven mujer a un barco que viajaba a Tsuruga? Utilizando fragmentos de la autobiografía de Sofia, Pilniak evoca hábilmente su vida en Vladivostok, en los años veinte del siglo pasado. Sofia alquila una habitación en la casa en la que reside también el oficial japonés Tagaki. De él se contaba, escribe Sofia en su breve autobiografía, que se bañaba dos veces al día, usaba ropa interior de seda y por las noches se ponía pijama. Tagaki habla ruso, pero en vez de *r* pronuncia *l*, lo que suena cómico, sobre todo cuando lee en voz alta poemas de sus poetas rusos favoritos («La noche murmuraba...»).

Aunque las ordenanzas del ejército japonés prohibían a los oficiales casarse con extranjeras, Sofia y Tagaki se prometen muy pronto, al «estilo de Turguénev».³

Antes de viajar a Japón —porque los rusos están a punto de irrumpir en Vladivostok—, Tagaki deja a Sofia instrucciones y dinero para que esta pueda seguirlo más adelante.⁴

Sofia viaja de Vladivostok a Tsuruga, donde la policía fronteriza japonesa la detiene e interroga sobre su relación con Tagaki. Ella confiesa que están prometidos. La policía también arresta a Tagaki, le propone romper su compromiso y enviar de nuevo a Sofia a Vladivostok, a lo que Tagaki se niega. En vez de ello, mete a Sofia en el tren para Osaka, donde la

3. Esta es solo una de las numerosas alusiones de Pilniak a la vanidad, la estupidez y el sentimentalismo falso de las señoritas rusas de provincias.
4. Aunque subraya incluso dos veces que a él no le corresponde juzgar a la gente, Pilniak se pregunta cómo esta mujer logró sortear «todo lo que vivimos durante aquellos años. Como es sabido, el ejército imperial japonés estaba en 1920 en el Lejano Oriente ruso con el propósito de ocupar todo el extremo oriental y, como también es sabido, los partisanos expulsaron a los japoneses. En la biografía no aparece una palabra siquiera sobre estos acontecimientos». El «yo» de Pilniak se convierte aquí de repente en un «nosotros» severo, declarativo, justo como si se cerniera sobre él la sombra amenazadora de algún «camarada Dzhurba», y por ella, por esa sombra, riñe a Sofia por ser tan apolítica.

Pilniak reaccionará una vez más como si fuera una suerte de comisario de partido, y dirá: «En toda la costa rusa del Lejano Oriente, odiaban a los japoneses; los japoneses capturaban a los bolcheviques, los mataban, o quemaban a algunos en las calderas de los acorazados atracados en las radas, a otros los fusilaban o los incineraban en una morgue construida en una de las colinas; los partisanos echaban mano de toda su astucia para destruir a los japoneses (Kolchak y Semiónov habían muerto ya), los moscovitas se acercaban como un torrente de lava..., pero Sofia Vasilievna no menciona nada de estos acontecimientos».

esperará su hermano para llevarla al pueblo, a la casa paterna, mientras que él mismo se pone a disposición de la policía militar. Pronto el caso se resolverá favorablemente para Tagaki: lo expulsan del ejército para siempre y lo condenan a dos años de destierro, pero recibirá permiso para cumplir el castigo en el pueblo, en la casa paterna, oculta «tras flores y verdor».

Los recién casados pasan los días en un dulce aislamiento. Sus noches están colmadas de ardientes pasiones y los días, de una cotidianidad tranquila, no alterada por nada. Tagaki es amable, pero taciturno, lo que más le gusta es pasar los días encerrado en su despacho.

«Ella amaba, respetaba y temía a su marido; lo respetaba porque era todopoderoso, noble, silencioso y lo sabía todo; lo amaba y lo temía porque cuando ardía de pasión lograba subyugarla por completo», escribe Pilniak. Y, de todos modos, a pesar de no saber mucho sobre su marido, a Sofia la colmaba por completo la felicidad de aquella vida en común. Cuando se termina oficialmente el destierro de Tagaki, la joven pareja continúa viviendo en el pueblo. Y entonces irrumpen en la soledad de su vida periodistas, fotógrafos, gente... Así es como Sofia descubre el secreto del retiro diario de su marido en el despacho: en esos dos o tres años, Tagaki había escrito una novela.

Ella no era capaz de leer la novela de Tagaki, a pesar de que ya sabía un poco de japonés. Le pidió que le contara algo de la obra, pero él eludía la respuesta. Gracias al gran éxito del libro, la vida de los dos cambió; ahora tenían criados que preparaban el arroz y un chófer particular que llevaba a Sofia a menudo a la ciudad vecina para hacer compras. El padre de Tagaki «le

hacía una reverencia más respetuosa que la que ella le hacía a él». Sofia empezó a disfrutar de la fama de su marido.

Descubrió el contenido de la novela cuando los visitó «un periodista de la capital» que hablaba ruso. Tagaki le había dedicado toda la novela a ella, describiendo cada instante que habían pasado juntos. Resultó que aquel periodista la puso ante un espejo, donde ella «se vio a sí misma vivir entre las páginas de papel; no era tan importante el hecho de que en la novela se describiera con detalles clínicos cómo temblaba ella en los momentos de pasión y el desorden de sus vísceras; no, lo terrible, lo terrible para *ella* era otra cosa. Comprendió que todo, que toda su vida había sido material de observación, que el marido la había estado espiando cada minuto de su vida... Allí empezaba su horror, era una traición cruel a todo lo que tenía».

Pilniak afirma, y a nosotros nos corresponde creerle, que las partes de la autobiografía de «esta mujer un poco boba» que se refieren a la infancia, a sus estudios y a Vladivostok carecen de cualquier interés, mientras que para los días pasados en compañía de su marido logró encontrar «palabras verdaderas y grandes de simplicidad y claridad». En resumen, Sofia «abandonó el rango de mujer de un escritor célebre, el amor y la emoción de los tiempos del jaspe» y pidió regresar a su patria, a Vladivostok.

Y ¿qué ocurrió después? Nada. Eso es todo.

«Ella sobrevivió a su autobiografía hasta el fondo; yo escribí su biografía, escribiendo que atravesar la muerte es bastante más difícil que matar a un hombre. Él escribió una novela hermosísima.

»Juzgar a los demás no es cosa mía. Mi trabajo se reduce a meditar: sobre todas las cosas y, en particular, sobre cómo se crean los cuentos.

»El zorro es el dios de la astucia y de la traición. Si el espíritu del zorro penetra en un hombre, la estirpe de este individuo está maldita. ¡El zorro es el dios de los escritores!»

¿Existió realmente Tagaki, existió Sofia? Es difícil saberlo. En cualquier caso, durante la lectura de este cuento magistralmente escrito, al lector no se le ocurre ni por un segundo que la historia pudiera ser fabricada; que el Consulado ruso en la ciudad de K. y la historia de Sofia y su solicitud de repatriación y el escritor Tagaki sean inventados. Al lector lo deja sobrecogido la absoluta verosimilitud del cuento, la fuerza de una biografía compuesta de dos traiciones: la primera, la traición a Sofia que comete el escritor Tagaki, y la segunda, la que, movido por el mismo impulso creativo, comete el escritor Pilniak.

2

En casi todas las tradiciones mitológico-folclóricas, el campo semántico de la simbología del zorro engloba la astucia, la habilidad, la adulación, el engaño, la mentira, la hipocresía, el egoísmo, la vileza, la egolatría, la codicia, la seducción, la sexualidad, la sed de venganza, la soledad. En los textos mitológico-folclóricos, el zorro aparece a menudo relacionado con algún asunto «sospechoso», a veces se mete en problemas, por lo que también se lo considera un perdedor, y debido a sus atributos nunca está en contacto con seres mitológicos

superiores. En una lectura simbólica, el zorro pertenece a la clase baja de la mitología. En la tradición nipona, el zorro es el mensajero de Inari, la deidad japonesa de la fertilidad y del arroz; como mensajero, está relacionado con los seres humanos, con la esfera terrestre, mientras que apenas guarda relación con la esfera «suprema», celestial y espiritual.

Entre los indios, los esquimales, los pueblos siberianos y en China está muy extendida la leyenda de un hombre pobre a cuyo hogar acude todas las mañanas una zorra, que se quita el pellejo y se transforma en una mujer. Cuando el hombre lo descubre, le roba y le esconde el pellejo, y ella se convierte en su esposa. Y, cuando después de cierto tiempo la mujer encuentra la piel, retoma su apariencia animal y abandona al pobretón para siempre.

En la imaginación folclórico-mitológica occidental y oriental, el zorro es casi siempre un ser taimado, un embaucador, pero también se aparece como un demonio, una bruja y una «novia maldita», o, como en la mitología china, es la forma animal que toma el alma de un humano fallecido. En la imaginación folclórico-mitológica occidental, el zorro es casi siempre de género masculino (*Reineke, Reynard, Renart, Reinaert*) y, en la oriental, un personaje femenino. En la mitología china (*huli jing*), en la japonesa (*kitsune*) y en la coreana (*kumiho*), la zorra es una maestra de la transformación, el símbolo del mortífero eros femenino, una diablesa, una experta creadora de ilusiones. *Kitsune* en la mitología japonesa tiene varios rangos; puede ser una simple zorra salvaje (*nogitsune*) o convertirse en *myobu*, una zorra celestial, pero para eso debe aguardar mil años. Las colas indican el rango que ostenta en la jerarquía; la más poderosa es la que tiene nueve colas.

A juzgar por las apariencias, Pilniak tenía razón; el zorro posee muchas cualidades para ser el tótem del dudoso género de los escritores.

3

¿Quién es Borís Pilniak?

Las fotografías del atractivo varón con gafas redondas de montura fina, vestido con los mejores trajes, siempre con pajarita y aspecto de auténtico dandi, no se corresponden en absoluto con la idea «occidental» de un escritor revolucionario ruso. Y, no obstante, Pilniak lo fue: un escritor revolucionario ruso.

Su verdadero apellido era Vogau (Pilniak es un pseudónimo); era hijo de alemanes del Volga, pasó la infancia y la adolescencia en la provincia rusa. Fue uno de los escritores más prolíficos de su tiempo, con una obra de géneros y estilos muy variados. Sus intereses abarcaban desde la prosa tradicional, con una fuerte inclinación por el naturalismo y el «primitivismo», los reportajes periodísticos, las descripciones de viajes y la novela con temática de realismo socialista, hasta la prosa documental y «ornamental» modernista, cuyo mejor ejemplo es la novela *El año desnudo*.

Pilniak fue querido y odiado, famoso e influyente; muchos imitaron su estilo literario, lo tradujeron a varios idiomas y tuvo libertad para viajar a lugares con los que otros solo podían soñar. Estuvo en Alemania, Inglaterra, China, Japón, los Estados Unidos, Grecia, Turquía, Palestina, Mongolia... A su

«ciclo japonés» pertenecen los libros de viajes *Las raíces del sol japonés*, *Kamni i korni* [«Piedras y raíces»], *Oleniigorod Nora* [«Nara, la ciudad de los ciervos»] y «Un cuento sobre cómo se crean los cuentos».⁵ A América le dedicó el libro *О'кей*, [«OK. Novela americana»];⁶ a Inglaterra, el libro de relatos *Angliiskie rasskazy* [«Relatos ingleses»]; a China, *Kitaiskaia póvest* [«Una historia china»].

Las mujeres lo querían, quizá también porque muchas tienen debilidad por los escritores, sobre todo, al parecer, las rusas. Pil-

5. Borís Pilniak —gracias a la compleja relación entre los dos países y al momento histórico, cultural y políticamente generoso— residió en Japón en dos ocasiones, en la primavera de 1926 y en 1932. En lo que respecta a los vínculos culturales entre Rusia y Japón, casi se los podría describir como dramáticamente interesantes: es decir, Japón muestra tradicionalmente un fuerte apego a la cultura rusa, desde los tiempos del realismo y de las primeras traducciones de Tolstói al japonés, pasando por unos potentes estudios de rusística, hasta el propio Pilniak, cuyas obras, como la novela *El año desnudo*, conocían ya los lectores japoneses antes de que él llegara a Japón. La nueva traducción de *Los hermanos Karamázov* al japonés, recientemente publicada, con una tirada millonaria, se ha agotado, algo que probablemente ya no sucede ni en Rusia. La relación entre los dos países no se basa en la reciprocidad: los japoneses mostraron desde siempre un interés cultural mucho mayor por Rusia del que esta jamás ha mostrado por Japón. En este sentido, el escritor Tagaki, que hablaba ruso y recitaba de memoria los versos de poetas rusos, es un personaje absolutamente creíble.
6. Pilniak viaja a los Estados Unidos en 1931 invitado por la MGM para participar en un proyecto cinematográfico sobre un ingeniero americano que trabaja en una gran obra en la Rusia soviética (precisamente, el tema de la novela de Pilniak *El Volga desemboca en el mar Caspio* es la construcción de la central hidroeléctrica de Dneprostrói). Rompió el contrato con la MGM, pero a cambio se compró un Ford de segunda mano y recorrió los Estados Unidos de costa a costa. Mantuvo encuentros con los escritores americanos Theodore Dreiser, Sinclair Lewis, Floyd Dell, Regina Andrews, Waldo Frank, Mike Gold, Max Eastman, W. E. Woodward y Upton Sinclair.

niak se casó tres veces. Con su primera esposa, María Sokolova, médico en el hospital de Kolomna, tuvo dos hijos. Su segunda mujer, la belleza Olga Scherbínovskaia, fue una actriz del teatro Maly de Moscú; y la tercera fue la actriz y directora de cine georgiana Kira Andronikashvili. Con ella tuvo a su hijo Borís. Fue propietario de dos coches (¿se llevó a la Unión Soviética el Ford comprado en los Estados Unidos!) y tuvo a su disposición una amplia «dacha» en Peredélkino, la famosa colonia de casas de fin de semana para artistas cerca de Moscú.

La obra de Pilniak es voluminosa. Aparte del antológico *El año desnudo*, son importantes sus novelas *Mashiny i volki* [«Máquinas y lobos»] y *El Volga desemboca en el mar Caspio*. El relato *Póvest nepogáshennoi luny* [«El cuento de la luna inextinguible»], que trata del asesinato del líder comunista Frunze, al que, supuestamente por orden de Stalin, los médicos envenenaron con una cantidad excesiva de cloroformo, suscitó un gran escándalo.

Pilniak era amigo cercano de Yevgueni Zamiatin. Zamiatin —ingeniero que trabajaba para la Marina Imperial Rusa y que escribía libros como pasatiempo— es el autor de las palabras más impactantes que un escritor ha dirigido jamás a su verdugo. En la carta a Stalin —en la cual solicita abandonar la Unión Soviética (¿cosa que Stalin, persuadido por Maxim Gorki, finalmente le permitió!)— escribió: «No son los empleados hacendosos y obedientes los que crean la verdadera literatura, sino los locos, los ermitaños, los herejes y soñadores, los rebeldes y escépticos».

La novela de Zamiatin *Nosotros* (publicada en inglés en 1924) fue plagiada por muchos escritores: George Orwell (1984),

Aldous Huxley (*Un mundo feliz*) y otros. Kurt Vonnegut es el único que lo reconoció públicamente, los demás se señalaban los unos a los otros con el dedo (¡Orwell a Huxley, por ejemplo!). La emigración no le trajo la felicidad a Zamiatin: vivió en París apenas unos miserables seis años y murió de un infarto de miocardio en 1937, el mismo año en que arrestaron a Pilniak. Parece que la guadaña de Stalin, que en aquellos años segaba la vida de los escritores rusos, no esquivó a Zamiatin, a pesar de que se había refugiado fuera de su alcance. Esta, sin embargo, no es una historia sobre Zamiatin, sino sobre un cuento sobre cómo se crean los cuentos.

4

Pilniak escribió «Un cuento sobre cómo se crean los cuentos» en 1926. El mismo año en el que nació mi madre. Un año en el que sucedieron muchas cosas que podrían entrelazarse ingeniosa y hábilmente con la biografía materna y, no obstante, lo que prefiero es imaginar que entre la narración de Pilniak y la biografía de mi progenitora existe una profunda conexión poética.

Después la acompañó al tren y le dijo que en Osaka la estaría esperando su hermano; que él por el momento «iba a estar ocupado». Desapareció en la oscuridad; el tren se internó entre montes oscuros y dejó a la muchacha en la más cruel de las soledades, convencida de que él, Tagaki, era la única persona por quien sentía cariño y devoción, hacia la cual se sentía ligada y llena de gratitud, y también de incompreensión. El vagón estaba bien iluminado; afuera todo eran tinieblas.

Todas las cosas que la rodeaban le parecieron horribles e incomprensibles, sobre todo cuando los japoneses que viajaban en su compartimiento, hombres y mujeres, se desvistieron para dormir, sin ninguna vergüenza de mostrar el cuerpo desnudo, así como cuando, en algunas ocasiones, vio comprar a través de la ventanilla té caliente en pequeñas botellas y cajas de madera de abeto que contenían una cena de arroz, pescado, rábanos, una servilleta de papel, un mondadientes y un par de palillos, con los que había que comer. Después se apagó la luz y los pasajeros comenzaron a dormir. Sofia Vasílievna no logró pegar ojo en toda la noche, víctima de la soledad, de la incomprensión, del espanto. No entendía nada.

Dos décadas después de que Pilniak escribiera su cuento, en 1946, mi madre, con veinte años recién cumplidos, emprende el viaje de su vida. Al comprar el billete de tren, mamá compra un billete para un viaje a lo desconocido. Al elegir ese viaje y no otro, empieza a desovillarse el ovillo de su destino, el cual parecía estar ya trazado, junto con los postes de señales y las estaciones de ferrocarril, en las líneas de la palma de su mano. Vivía a orillas del mar Negro, en la ciudad de Varna, iba al liceo, adoraba las películas y los libros (¡particularmente las novelas con nombre y apellido femenino en el título!), y allí, al final de la guerra, conoció a un marinero croata del que se enamoró, se prometieron y al término de la contienda emprendió el viaje a Yugoslavia. Al tren la llevaron sus padres, la depositaron en el compartimiento suavemente, como si se tratase de un barquito que fuera a llevar a su hijita a un puerto seguro. Y, por cierto, el padre de mi madre, mi abuelo, era ferroviario. Mamá viajó de Varna a Sofía, de Sofía a Belgrado, de Belgrado a Zagreb. El tren pasaba por ruinas, y eso fue lo que más le afectó, esas horas de travesía por

paisajes de tierra quemada, para luego, siguiendo las indicaciones del marinero, aparearse unos ochenta kilómetros antes de Zagreb y encontrarse con la oscuridad de una estación de tren de provincias sumida en la desolación y el abandono. Allí no la esperaba nadie. Esa estación oscura y abandonada se grabó en el corazón de mi madre como un hierro candente, como la primera traición dura y dolorosa.

«Un cuento sobre cómo se crean los cuentos» reproduce en realidad el patrón de los cuentos de hadas: los cuentos sobre un ser misterioso que no es de este mundo, o una «fuerza desconocida» (una bestia, el cuervo, Voron Vorónovich, un dragón, el sol, la luna, Koschéi el Inmortal, Barba Azul, etcétera) que secuestra a la novia y se la lleva a un reino lejano más allá de siete montañas o más allá de siete mares (en los cuentos se le suele llamar reino «de bronce», «de plata», «de oro» o «de miel»). El jaspé es el sinónimo de Pilniak para Japón y para los días felices de Sofía («el jaspé de sus días»; «ella no habría podido contar sus días, pero dejemos que esos días sean de jaspé»; «la emoción de los tiempos del jaspé»). El misterioso Tagaki se lleva a su novia rusa al reino del jaspé. Y, en verdad, Tagaki no se parece en nada al alférez Ivantsov, por ejemplo, al cual Sofía había retirado el saludo porque «se había jactado de haber obtenido de ella una cita». El misterioso Tagaki, a diferencia del patán de Ivantsov, besa la mano a las mujeres y les regala chocolate. Aunque también es cierto que a Sofía, al principio, aquel hombre de raza extranjera, aquel japonés, no le gustaba, es más, le resultaba repugnante, pero —precisamente igual que en los cuentos de hadas en los que la bestia se transforma en un amante seductor— él enseguida sometió su alma.